

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Brianda Pineda Melgarejo
brryanda@gmail.com

Lo intocable de la luz

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 39, enero-marzo de 2017, pp.71-73.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

ENTRE LIBROS

Lo intocable de la luz

Poesía

Brianda Pineda Melgarejo



Janet Frame

Huesos de jilguero

trad. de Nair Anaya et al., Xalapa, UV,
2015, 209 pp.

... it was time to write. Now or never.

*The now unbearable,
the never a complete denial of memory:*

I was not, I never have been.

JANET FRAME

¿Qué ocurre cuando el misterio se revela y nos muestra su rostro inaprehensible? En la historia de la literatura el canon occidental representa, en sus intentos por dar voz a los fenómenos que van más allá de nuestra comprensión humana, un paradigma insuperable para nosotros, los mortales. Sin embargo, existen

obras de una audacia trágica sin precedentes; en el terreno fértil de la poesía escrita en los siglos recientes están las de Fernando Pessoa, César Vallejo, Alejandra Pizarnik, Federico García Lorca, Rosario Castellanos, Rimbaud, Baudelaire, Sylvia Plath, por mencionar sólo unos cuantos. En versos sencillos y terribles ellos renovaron la fuerza que da vida a la buena literatura. Hallar un nombre más inserto en la legión de aquellos escritores interesados en escudriñar lo invisible y hacer que la poesía hable de sí misma en el instante mismo de su desenmascaramiento y vulnerabilidad es un hecho que no debería pasar desapercibido.

Los versos de Janet Frame (1924-2004) se inscriben dentro de una poesía que sirve de método transfigurador: la realidad tocada por sus letras llevará al lector más ingenuo a sumergirse en la perspectiva de una escritora que reconoce lo frágil que resulta, si en términos de verdad se analiza, toda poética; a partir del abismamiento al que nos entregan sus versos será posible acceder, como lectores, a una ética de la mirada que nace de asumir nuestra naturaleza cruel como una distracción existencial, el conocimiento como el principio de cierta enajenación.

La poeta de Nueva Zelanda “siempre se mostró renuente a publicar los cientos de manuscritos regados por los cuartos de su casa”; era una relación íntima y casi absurda la que tuvo con la poesía; fue una *outsider* en sus ficciones y en la realidad. Si husmeamos en su biografía vemos que cuando era muy joven se le diagnosticó esquizofrenia, lo que le valió cuatro años de encierro en un manicomio: la literatura la salvaría de una persecución parecida años después, cuando su libro de cuentos *The lagoon and other stories* (1951) gana el premio nacional Hubert Church Memorial y ella comprende su des-

tino y acaso la importancia de su relación creativa con la razón y sus expresiones a través de la locura, e impide a su psiquiatra de cabecear que la encierre. Frame dedicó gran parte de su vida literaria a escribir narrativa y por ella es reconocida como ícono cultural en su país. Por eso este libro, *Huesos de jilguero*, es un amuleto y una rareza editorial. En él se reúnen las postales hechas versos de una viajera de lo invisible: poemas como visiones del mundo que nombran las ruinas por su capacidad de ser grietas de luz, el anverso espeluznante del mundo mítico y convencional impuesto a los ciudadanos y turistas de Nueva Zelanda por el poder de unos cuantos: cartógrafos de la conveniencia política, creyentes del progreso y sus impulsos comerciales donde todo país tiene aspiraciones de paraíso sin sombra.

La poesía de Janet Frame es peligrosa porque es honesta y verdadera; sobre todo en aquellos poemas donde juega a desmitificar las redes de verdad y sentido en las que, hijos de la norma y la tradición lingüística estándar, aprendemos a movernos como peces en un agua estancada. En vida publicó un solo libro de poemas: *El espejo de bolsillo* (1967); en él volcó su interés por el paisaje de Nueva Zelanda, como puede leerse en “Mañana en Dunedin”, “Las crisálidas” y “El ceceo en flor”. Cultivó a su vez una voz cuyo carácter de quiebre y asimetría, como dice Nair Anaya en el puntual prólogo de esta edición, abre paso a una epifanía necesaria en nuestra época: el diálogo que tenemos con la luz es fragmentario, efectivo y fugaz como el instante.

Ilustra mejor esta idea el poema más largo de dicho libro, “Paseo dominical”; su inicio nos dice: “Un diálogo no es la mejor manera/ de contener y capturar el domingo pasado”. Las imágenes de lo que en apariencia es un paseo cualquiera en compañía de un ser



Roberto Rodríguez: de la serie *Relatos del tiempo*. Fotografía de Alfredo Ayala

querido, irán abriéndose hasta entregarnos una disertación sobre el ser humano y su relación con otras naturalezas –la del árbol, la de los animales o la del sol–, relación siempre afectada por el conocimiento y las distancias que éste siembra en nuestro cerebro. Esta separación lingüística hará caer a la poeta en la cuenta de su condición momentánea: ni siquiera su materia de trabajo, las palabras, le pertenecen, pues le son dadas como una más de las naturalezas ajenas que le rodean y ella no puede sino expresar el deseo ante la imposibilidad: “¡Cómo quisiera que las pocas elegidas se quedaran cerca,/ alrededor nuestro como cuentas ensartadas,/ limitadas como el graznido del charrán!”

No por ser el único libro de poesía publicado por decisión de Janet Frame contiene éste sus mejores poemas. Existe en él el asombro infantil que caracteriza la poética de la autora pero no aso-

ma el atrevimiento que en las compilaciones posteriores deslumbra. En 2006 apareció *The Goose Bath* [La Tina de los Gansos]; su sobrina eligió ese nombre luego de reunir los manuscritos de su tía, pues estos fueron hallados en un cuenco ubicado en su jardín que antes sirvió como tina a sus gansos y en un inicio era la base donde se apoyaba una fuente. Frame los arrojó, poco a poco y durante años, a ese escondite. En 2008 es publicada *Storms will tell* [Lo dirán las tormentas], compilación que reúne lo mejor de *El espejo de bolsillo* y todo *The Goose Bath*.

Las siete traductoras que nos entregan las versiones en español de los poemas de Janet Frame, en *Huesos de jilguero*, hicieron una selección a partir de esta última compilación. Nair Anaya, Irene Artigas, Paula Busseniers, Julia Constantino, Claudia Lucotti, Lorena Saucedo, Irlanda Villegas y Charlotte Broad, nos permiten, gracias a su labor,

adentrarnos en un mundo enigmático y vivo en su marginalidad. La edición, como se le debe pedir a todo buen libro de traducciones, es bilingüe. De verdad no hay ápice en que esta publicación nos defraude; es en forma y contenido una joya para la biblioteca más exigente.

La aportación de la poeta neozelandesa a la literatura universal es valiosa, y en más de un sentido audaz. Janet Frame va en busca de un ritmo oculto, de ahí su hermandad con la tradición:

lectora voraz [...] sus modelos culturales provienen de la tradición europea: cuentos de hadas, Ovidio y la mitología clásica, las novelas de las hermanas Brönte, George Eliot, Thomas Hardy y Thomas Mann, la poesía de Rilke, Wordsworth, Keats, Shelley, Yeats y Auden, la filosofía de Platón, la obra de Freud o de Wilde [todo ello se entretaje]

en una compleja red intertextual que cumple funciones diversas en su escritura;

a ella se entregó y por no traicionarla fue capaz de buscar en su diferencia, espiritual y de época, la inspiración para crear poemas propios, logrando con ello el objetivo que más allá de la forma otorga un carácter clásico, por trágico, al arte: la expresión encendida, el poema que aun prescindiendo de la anécdota real que le dio vida, en su presentación de signos escritos sobre el papel se atreve a decirnos algo.

La propuesta de escritura y, por lo tanto, de lectura que nos da *Huesos de jilguero* va en contra de la linealidad y el énfasis autónomo que conservan los cuentos con finales felices. A través de sus estaciones poéticas, Frame nos invita a dar lugar al horror que habita en nuestras conciencias y en lo que éstas conservan de los siniestros ocurridos diariamente en cientos de países. En las páginas de esta antología aparece desnuda la imposibilidad de acción que muchos tenemos ante el contador de realidades que es el mundo. Vamos guiados en este tránsito por la voz que habla en “el disco para niños El príncipe feliz” y habrá que hacer lo posible por desmitificar las órdenes de dicha voz robótica y encontrar una forma de leer a nuestra medida que nos conceda una mayor claridad y nos aleje del instante donde: “ya no hay necesidad de ordenar, Cambia de página, porque los niños han crecido, y saben cuándo cambiar de página, y sabiendo cuándo, nunca jamás sabrán dónde” (“El príncipe feliz”). **LPyH**

• **Brianda Pineda Melgarejo** es Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas (UV). Es becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas. Escribe poesía y divagaciones literarias en su Twitter @brryanda.

Cada vida, una luz

Minirrelatos biográficos

Adán Delgado



Eugenio Baroncelli

Doscientas sesenta y siete vidas en dos o tres gestos. Libro de las candelas, trad. de Natalia Zarco, Madrid, Periférica, 2016, 336 pp.

La vida de cualquier individuo, por más sencilla que parezca, es inabarcable. Tantas personas, tantos escenarios, tantos cambios y tanto tiempo no pueden meterse en una sola imagen. Incluso las gordas biografías de personas famosas nos impiden apreciar al biografiado de cuerpo entero; es tanto el detalle que nos resulta imposible ver el todo. Los árboles no permiten ver el bosque.

¿Qué método podemos utilizar entonces para retratar toda una vida? Tal vez, contrario al interés de saberlo todo, de registrarlo todo, podemos probar contando sólo algunos pasajes, describiendo algún árbol; esto es lo que hace Eugenio Baroncelli: tomar uno o varios hechos significativos y con ellos tramar la imagen de una vida completa. *Doscientas sesenta y siete vidas en dos o tres gestos* es un libro que captura muchas de esas imá-

genes en breves párrafos, un libro *sui generis* en el que conviven la erudición, la crónica, la historia y la poesía. Cada vida tiene como centro un signo: la desaparición, el destino inexorable o el suicidio.

Tal vez el primer reto que debió enfrentar Baroncelli fue precisamente encontrar la forma de llegar a ese signo para comunicarlo. La respuesta es, por supuesto, el lenguaje. El autor llega a través de las palabras a ese signo, al centro de esas vidas. Por consecuencia, o quizá por necesidad, vuelve al lenguaje poético; si bien los hechos concretos nos acercan al signo, son necesarios la metáfora, el símil o la abstracción para atraparlo. Esta difícil cirugía requiere de un escritor con un refinado ojo clínico, ese que encuentra los síntomas y los lee adecuadamente para dar diagnóstico, además de mano exacta y sutil que lo transmita de forma correcta.

Al ser un libro de entradas, el volumen puede leerse en cualquier orden. Lo llevé conmigo por semanas, lo leí antes de dormir, en la fila del banco y en el autobús. Revisar dos o tres biografías no toma más de cinco minutos; en todas esas pequeñas lecturas encontraba al menos un texto que me impresionó. En alguna ocasión trate de leer tramos largos; mala idea. Cada vida tiene un peso y un impacto tales que es necesaria saborear, masticar y degustar mentalmente durante un buen rato, leer muchas entradas impide apreciar cada una en su justa dimensión.

¿Y de dónde saca este señor tantas vidas? Al final del libro aparece un breve *explicit* en el que cuenta el origen de las historias. No lo develo aquí para no arruinar la lectura, pero puedo adelantar que sus fuentes no son oscuras ni altamente especializadas. El autor demuestra estar atento a su realidad inmediata, observa y selecciona cada vida de donde podría tomarla cualquier otro. Baroncelli, esqui-